

Lezama vivió un *no tiempo* en un *no lugar*



*Nacido hace cien años para vivir por las letras, el escritor cubano José Lezama Lima delineó una poética de la universalidad y se convirtió en referente trascendental para la literatura de Hispanoamérica.*

Una célebre escena del filme cubano *Fresa y chocolate* (1993) reproduce un “almuerzo lezamiano” ofrecido por el protagonista Diego (Jorge Perugorria) a su amigo David (Vladimir Cruz). David había visto en el departamento de Diego una foto de un hombre fumando su puro. “¿Ese es tu papá?”, le preguntó. Diego a toda risa le contesta: “¡Niño! Es Lezama, el maestro, uno de los grandes escritores de este siglo: un cubano universal”. Escenas más tarde se produce el almuerzo, que inicia con un anuncio de Diego: “Estás asistiendo al almuerzo familiar que ofrece Doña Augusta en las páginas de *Paradiso*, la más gloriosa novela que se escribiera jamás en esta isla... Después de esto podrás decir que formas parte de la cofradía de los adoradores del maestro”.

La figura del escritor cubano José Lezama Lima —aun a cien años de su natalicio— sigue siendo inspiración y leyenda en la iconografía cultural de Cuba y América Latina.

Nació un 19 de diciembre justo después de que se sintiera en La Habana el paso terrible del huracán de los Cinco Días; después que los Tigres de Detroit jugaran un amistoso de beisbol contra los cubanos en el Almendares Parks; un mes después de iniciada la Revolución mexicana y de que muriera en Rusia el novelista León Tolstói. Ocho años antes que él había nacido la República, y como ella el niño Lezama creció buscando autonomías y sacudiéndose los rezagos de la isla colonizada, mestiza, ocupada en la definición de su personalidad cultural.

Cuando tenía un año, su padre, el coronel Lezama, fue nombrado director de la Academia Militar del Morro y la familia se muda para la Fortaleza de la Cabaña (cuyos muros cobijan desde 1992 a lectores y escritores en la Feria Internacional del Libro de La Habana).

“En mi casa se hablaba constantemente de lo cubano, de sus poetas, de la nostalgia”, diría Lezama al periodista Ciro Bianchi (2009: 21), y de su cuna aparecen constantes alusiones en sus obras: la casa de El Prado —la primera calle asfaltada en La Habana— desde cuyas ventanas la vista de “una verja de hierro aludía a un barroco que desfallecía”. Escribió de cosas íntimas como podían serlo “el ornamento de una caja de tabaco”, “el denso crepúsculo habanero”, “el mejor café de la Habana antigua” (*Paradiso*, 1966) o el paisaje donde una “Garza divaga, concha en la ola, nube en el

desgaire, espuma colgaba de los ojos...” (“Muerte de Narciso”, 1937).

Pero algo más en su escritura, pletórica de metáforas y potentes cifrados, lo haría trascendente, universal.

En su narración gestada en el Paseo del Prado o en la calle Trocadero, supo entonar referencias a la América colonial, el mestizaje, los sentimientos de emancipación y el anhelo de surgir como nación; delineó una imagen cartográfica de la identidad literaria latinoamericana y describió sentimientos universales a la vez que, con su literatura, creaba historicidad por su destreza de ser leal a personajes y hechos (citas al apóstol José Martí; relatos de su participación en los movimientos estudiantiles de 1930 contra la dictadura de Gerardo Machado).

En su obra concurren tanto Camagüey o Jagüey Grande como Hipócrates, Pólemos, Pitágoras y Mesopotamia:

Cierto que ella era analfabeta; él, había comenzado a leer en griego en su niñez; a contar los dracmas limpiando calzado en Esmirna y había hecho chispas en los trabajos de la forja colada en la villa de Jagüey Grande. Cuando dormía después que había penetrado con su cuerpo en su esposa diversificaba su sueño, ocurriéndosele que recibía un mensaje de Lagasch, alcalde de Mesopotamia, comprando todas sus cabras (en “Cangrejos, Golondrinas”, Lezama Lima, 1987: 35).

La habilidad literaria de trenzar su medio con otros contextos del mundo, sumada a una particular erudición, dieron como resultado una retórica que exige contraparte en un lector entregado a textos recónditos, difícilmente sondables. Pero lectores ávidos de buena escritura habitan todas partes del mundo y así trascendieron sus letras provistas de claves, sentimientos y los “lezamismos” de un estilo auténtico.

### LEZAMA, MÉXICO Y LOS MEXICANOS

En 1938 el joven José Lezama Lima envía su poema “Muerte de Narciso” al otro lado del Golfo, para un destinatario cuyo prestigio y ojo crítico le importaban: Alfonso Reyes.

“Gracias, José Lezama Lima, por su bellissimo poema ‘Muerte de Narciso’”, le escribió a propósito Reyes,

quien más tarde recibía los primeros ejemplares de la revista *Verbum* —fundada por el cubano en 1937—, en agradecimiento por sus atenciones. Se produce entonces entre ellos una cordial comunicación epistolar.

En otra de sus revistas (*Nadie parecía*) Lezama publica tres poemas de Reyes: “Pesadilla”, “Tentativa de lluvia” y “Muchacha con un loro en el hombro”; y en la dedicatoria de “Tratados en la Habana”, que el escritor cubano le enviara a Reyes, expresa: “Para don Alfonso Reyes por la sentencia de su poesía esencial, por la nobleza de su escritura”.

En la primavera de 1947, *Orígenes* —la más trascendente de sus revistas— incluyó un homenaje a México que además de presentar “Un padrino poético” de Alfonso Reyes, contenía en su totalidad páginas de alta literatura: “Amor entre ruinas”, de Ali Chumacero; “Tus ojos”, de Octavio Paz; “Booz se impacienta”, de Gilberto Owen; “Sonetos”, de Clemente López Trujillo; “Un conquistador”, de Ermilo Abreu Gómez; “Los labios deseados”, de Efraín Huerta; “Pintura mexicana, 1946”, de Justino Fernández; con portada de José Clemente Orozco.

De *Orígenes* diría Octavio Paz: “La encuentro muy inteligente, muy sensible, muy universal y al mismo tiempo muy nuestra, muy de Hispanoamérica”.

Lezama también mantuvo correspondencia con Paz (el premio Nobel mexicano se escribía además con los cubanos Cintio Vitier y Roberto Fernández Retamar). Y uno de los más recónditos poemas de Lezama se titula precisamente “Octavio Paz”.

En el chisporreo del remolino  
el guerrero japonés pregunta por su silencio,  
le responden, en el descenso a los infiernos,  
los huesos orinados con sangre  
de la furiosa divinidad mexicana.

En 1949 José Lezama viajó por única vez a México, pero sus vínculos con esta nación fueron más subjetivos que físicos. En su ensayo “México en Lezama”, el historiador y ensayista cubano Rafael Rojas (2010) lo refiere:

México es una presencia constante en la obra poética, narrativa y ensayística de Lezama. México, en todas sus dimensiones, no únicamente la

revolucionaria, desde el Popol Vuh y la cosmogonía azteca hasta el muralismo de Orozco y Rivera, la poesía de Octavio Paz o la narrativa de Carlos Fuentes, pasando, naturalmente, por el barroco novohispano y las peregrinaciones de fray Servando Teresa de Mier.

Y en la magistral novela lezamiana *Paradiso* (que fuera publicada en 1968 por la editorial mexicana Era, bajo el cuidado de Julio Cortázar y Carlos Monsiváis) aparecen constantes referencias a México: “recostada en los bordes de la bandeja, en la mesa de centro, una carta de Luis Ruda llegada de Veracruz”, “hizo su entrada en el café un guitarrista mexicano” o durante el célebre almuerzo de Doña Augusta, donde sirven el guanajo (guajolote en México) y el protagonista José Cemí aclara la sinonimia.

—El zopilote de México es mucho más suave —dijo el mayor de los hijos de Santurce.

—Zopilote no, guajolote —le rectificó Cemí—. A mí me han recomendado caldo de pichón de zopilote para curar el asma (Lezama Lima, 1966: 244).

### EL ASMA DE LEZAMA Y EL ASMA DE CEMÍ

Con la publicación de *Paradiso* en 1966, Lezama saca a la luz, más que su obra cumbre, una analogía de sentimientos e ideologías que se escapaban de las manos del autor a la voz de los personajes.

Además de compartir el padecimiento de asma agudizado por la exposición a los aires húmedos del Caribe, Lezama y Cemí coincidían en enunciados de principios y en la búsqueda del conocimiento a través de la imagen.

En una entrevista con el poeta y ensayista venezolano Gabriel Jiménez Emán<sup>1</sup>, Lezama aclaraba que todos los personajes de la novela partían de realidades circunstanciales.

“Es y no es la expresión de mi persona. Tiene mucho de mí en el sentido en que uno no puede nunca borrarse a sí mismo, pero al mismo tiempo no se puede llamar estrictamente un personaje autobiográfico”, le dijo.

La estética de Lezama tuvo en esta novela su expresión total, un estilo resultante de su amplio

<sup>1</sup> Consultada en [http://www.habanaelegante.com/Spring\\_Summer\\_2010/March\\_2010.html](http://www.habanaelegante.com/Spring_Summer_2010/March_2010.html)

## LA OBRA LEZAMIANA SE ASENTÓ COMO REFERENTE EN NUESTRAS GENERACIONES CAUTIVADAS POR SU ERUDICIÓN Y SU MANERA ESPLÉNDIDA DE TRATAR LA CONDICIÓN HUMANA

*background* que comprendía desde la lectura de los poetas clásicos hasta los cubanismos de los criollos que jugaban dominó en alguna esquina habanera. El propio Octavio Paz le escribiría a Lezama Lima en abril de 1967: “Leo *Paradiso* poco a poco, con creciente asombro y deslumbramiento. Un edificio verbal de riqueza increíble; mejor dicho, no un edificio sino un mundo de arquitecturas en continua metamorfosis”.

La obra se volvió controversial en tanto describía una peculiar erótica de la escritura (estructurada por demás desde la exquisitez de su pluma) y suponía ciertas rupturas con el contexto cultural de una isla en el punto máximo de su Revolución socialista. Célebres han sido sus alusiones fálicas y la descripción del personaje de Farraluque como “un adolescente con un atributo germinativo tan tronitnante”: “El órgano sexual de Farraluque reproducía en pequeño su leptosomía corporal. Su glande incluso se parecía a su rostro” (265).

Pero no pesaron más quienes lo tildaban de elitista y alucinado, la obra lezamiana se asentó como referente en nuestras generaciones cautivadas por su erudición y su manera espléndida de tratar la condición humana (sexualidad, instintos). La gran prosa instaurada en *Paradiso* se pudo producir gracias a su excelente condición de poeta, no exactamente fiel a reglas narrativas ni apurado en la búsqueda de un modo unificador. En su ensayo “Pascal y la poesía”, contenido en *Tratados en La Habana* (1958) refiere que “la poesía es la anotación de una respuesta, pero la distancia entre esa respuesta, el hombre y la palabra, es casi ilegible e inaudible.”

El conjunto de anotaciones surgidas de sus interrogantes derivaron en una herencia poética que, aunque también agota, se vuelve una puerta deliciosa hacia las bifurcaciones de nuestra individual humanidad.

### CIEN AÑOS DE LEZAMA

Ha pasado un siglo desde que nació el maestro de las letras allá por el huracán de los Cinco Días. La trascendencia del legado que dejaron, primero sus revistas (enriquecidas por las manos de colaboradores

y amigos: Gastón Baquero, Ángel Gaztelu, Virgilio Piñera, Justo Rodríguez, las hermanas Fina y Bella García-Marruz, Cintio Vitier, Eliseo Diego, Octavio Smith, Julián Orbón, José Ardévol, Mariano Rodríguez, René Portocarrero, Agustín Pí) y luego sus libros, demuestran que las letras surgidas por una estricta convicción de amor hacia ellas, se añejan de dulce sabor al paso del tiempo.

La estética de Lezama marcó un punto referencial difícil de superar por las siguientes generaciones de creadores cubanos justamente por su capacidad de transgredir fronteras y corrientes de su época: siendo un símbolo de la cubanidad, supo proyectarse a la cosmovisión de vivir un *no tiempo* en un *no lugar* y por eso ha sido eminente su literatura.

Recientemente otro filme cubano *El viajero inmóvil* (La Habana, 2008) del realizador Tomás Piard, mostró un argumento basado en pasajes de la novela *Paradiso* y recrea la existencia del escritor.

Cuba, México y muchos otros países del mundo han rendido homenaje al maestro en su centenario. Merecidísimo. Yo, mientras, me quedo con la deferencia más íntima de volver a encontrarme con sus lecturas y prefiero pensar que su espíritu poético me cuida en las noches de sueño efímero entre página y página. Aunque las primeras lecturas de *Paradiso* me dejaron agotada, cifraron una nueva perspectiva en la visión de mi circunstancia insular, me llenaron de imágenes paralelas a mi identidad y me hicieron pensar que en alguna vida pasada, yo caminaba por el Prado con un vaporoso vestido blanco debajo de una sombrilla, mientras Lezama detrás de mí encendía su puro y escribía notas para el siguiente capítulo de su novela.

#### Referencias

- Bianchi, Ciro (2009). *Asedio a Lezama Lima y otras entrevistas*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.  
 Lezama Lima, José (1966). *Paradiso*. La Habana: Ediciones Unión.  
 Lezama Lima, José (1987). *Cuentos*. La Habana: Editorial Letras Cubanas.  
 Rojas, Rafael (2010). “México en Lezama”, en La Jornada Semanal núm. 787, en *La Jornada* [4 de abril].